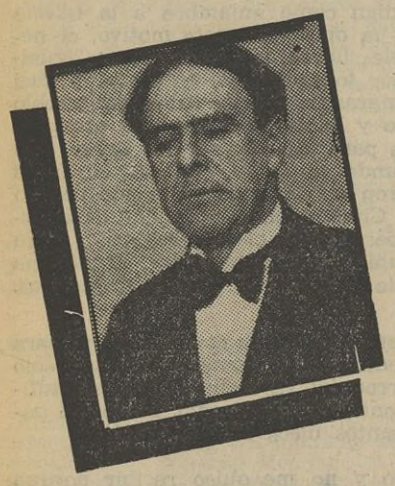
Escribe Javier GIL

GARCIA POSADA

LA AZAROSA HISTORIA DEL MANUSCRITO DE "POETA EN NUEVA YORK"

Escribe Leopoldo DE LUIS



CENTENARIO MODERNISTA

Pedro de Répide y los otros

NO sé si el centenario de Pedro de Répide, que nació en Madrid el año 1882, va a dar mucho juego periodístico, pero supongo que, de darlo, será por el costado madrileñista «de la chulería y de la picaresca». **Del Rastro a Maravillas,** claro; o **El Madrid de los abuelos,** es lo suyo. Pero el primer Répide, el que a los veinte años se afilia con entusiasmo al modernismo, se le recuerda poco. Ahora mismo acaba de publicar Antonio Fernández Molina una antología de la poesía modernista (1), bastante completa, y, sin embargo, lo omite, pese a que rescupera —yo creo que con acierto— a dos poetas coevos —también cumplirían este año la centena—, co nalgo de malditos y algo de tránsfugas de las historias de Literatura como son Luis de Oteyza y Pedro Luis de Gálvez. Oteyza fue compañero de Répide en la fundación de «La Libertad». En 1946, decía César González Ruano que los sonetos de Gálvez resultan impublicables; hoy, sin riesgo de censura, Fernández Molina reproduce algunos, como el estupendo y sumamente erótico dedicado a Margarita Xirgú o el escalofrianfe y desolado «Velatorio».

GONZALEZ Ruano es de los pocos antólogos que no pasan por alto el nombre de Répide. Lo recuerda «con su cara empolvada de atroces polvos blancos, que le daban un aire pierrotesco sobre su barba dura y azulada», pero desliza errores en su bibliografía: dice que su primer libro —cuyo título da a medias— es de 1901. **Las canciones de la sombra** —verdadero nombre del volumen inicial de Pedro de Répide— apareció en 1903, al mismo tiempo que **Arias tristes,** de Juan Ramón Jiménez, y que **Soledades,** de Antonio Machado. El que acabó como madrileñista de aspecto extravagante, con «zapatitos de tacón cubano color sangre de toro, trajes blancos convencionalmente habaneros y bucles que, ya un poco blancos, se tornaban isabelinos», fue un joven militante del movimiento modernista, cuya teoría expuso en un vehemente y ambicioso prólogo a sus primeros poemas y en el que, tras recorrer toda la historia de la Literatura, concluye: «Ante una nueva centuria y generaciones nuevas, se sentía el deseo de un más allá, de una renovación en la evolución constante de las ideas. El modernismo [...] es consecuencia de la época y traído por la historia [...] Modernista es el que marcha con el tiempo [...] Las gentes se burlan del modernismo sin saber lo que es, pero el artista está por encima de las gentes. «El arte no es para el pueblo», ha dicho Remy de Gourmont. Y decía Edmundo de Goncourt: «Hay dos mundos, el de los artistas y el de los otros.» Así es, existe el mundo de los elegidos, que son muy pocos, y el del vulgo que vive en todas las clases sociales: los buenos burgueses, etc. Yo confieso que creo en la imbecilidad de las masas, y desprecio el criterio de la generalidad de las gentes. Seamos los sacerdotes de la belleza y preocupémonos de ella sobre todo [...] El modernismo, que no es una escuela, es la negación de todo encadenamiento, por relativo que sea, de los espíritus y de los labios». Pensemos que este texto de Répide coincide ostensiblemente con la dedicatoria que Juan Ramón Jiménez hará, en 1919: «A la minoría siempre», y con las definiciones que de modernismo dio en 1935: «Lo que se llama modernismo no es cosa de escuela, sino de actitud», y «un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza». Modernista de 1903 se llamó a sí mismo Antonio Machado, y Juan Ramón más o menos, puesto que por tal época fija su alejamiento de Villaespesa. Esto es: modernistas de la época en que Répide escribe sus consideraciones sobre el movimiento rubeniano, que son los años de plenitud (1896-1905), según Federico de Onís.

EN el movimiento pendular de los fenómenos del arte, los jóvenes de primeros de siglo se adscriben a una supervaloración de la estética que en Francia venía desde el impresionismo. Pretende el artista hacer de su vida una obra de arte: algo precioso e inútil, consagrado a la belleza. Ya no se recordaba (y si se recordaba era para burlarse de ella) la advertencia que a fines del XVIII había lanzado D'Alembert: «¡Ay del arte cuya belleza existe sólo para los artistas!», aviso que, curiosamente, va a ser repetido, siglo y medio después, en España, por Vicente Aleixandre: «¡Ay del poeta que ante todo busca la belleza! El que quiera salvarla, la perderá.» Con la poesía de gemas, cisnes, princesas y frisos mitológicos, se da en el arte de los selectos. Tal es la sensibilidad que embriaga al joven Répide, tan olvidado, tan perdido.

ESTA ya muy lejos el Madrid que él cantó, pero el gusto por una suerte de neomodernismo parece mover bastantes plumas nuevas, hoy, cuando cumplen cien años esos tres —Répide, Gálvez y Oteyza— peones de brega del ruedo modernista. (Los primeros espadas fueron pronto otra cosa).

(1) Antonio Fernández Molina: **«Antología de la poesía modernista».** Ediciones Júcar. Madrid, 1982.